

TOMAD Y COMED:

UNA CATEQUESIS MISTAGÓGICA SOBRE LA MISA

Plática – 2025

Toca en esta ocasión dar una Plática, una conferencia, sobre la Eucaristía o la Santa Misa. Recuerdo, soy el padre Sergio Pérez, Superior de la Comunidad Monástica de Al-Maghtas, es decir, el Santuario del Bautismo del Señor en Jordania. Me propongo dar en esta ocasión, una **catequesis mistagógica sobre la Santa Misa**. Explicaré a continuación de qué se trata.

En la antigüedad cristiana existía un tipo de catequesis especial llamada justamente mistagógica que, a diferencia de las catequesis ordinarias, era impartida después, y no antes, del Bautismo, que era administrado por el obispo mismo, no por subalternos, es decir no por los párrocos. En la Noche de Pascua el obispo, después de haber conferido el Sacramento del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía, los días subsiguientes se dedicaba a explicar estos misterios a los catecúmenos que habían recibido el Bautismo. Su objetivo, como dice el nombre, era **introducir a los fieles en las profundidades del misterio**.

Era el momento en que se revelaban a los neófitos los misterios más sagrados, que se habían tenido escondidos hasta ese momento, en razón de la «disciplina del arcano», es decir, para evitar toda profanación posible.

La Eucaristía era el centro y el corazón de la catequesis mistagógica. Basta leer las catequesis por ejemplo de San Cirilo de Jerusalén, -Santo Padre obispo de Jerusalén del IV siglo- para darse cuenta de la solemnidad y el clima espiritual que se respiraban en esos momentos.

Ahora bien, el modo más simple y directo para ilustrar el Misterio Eucarístico es **comprender la Santa Misa** en la que este Misterio es celebrado y vivido. Por tanto, vamos a intentar seguir este camino.

Para nosotros la Eucaristía no es algo nuevo a descubrir, es algo antiguo y familiar; pero precisamente por esto quizá necesita ser rescatada de la rutina de la costumbre.

Uno de los fines que San Juan Pablo II en su Carta Apostólica¹ asignaba al Año Eucarístico del 2004, era justamente de resucitar lo que él llamaba el «**estupor eucarístico**»²,

¹ Carta Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II al Episcopado, al clero y a los fieles para el Año de la Eucaristía.

² SAN JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia*, numeral 6. «asombro eucarístico», 17 de abril, Jueves Santo del año 2003.

es decir, la capacidad de asombrarse nuevamente ante la «enormidad», como la definía el autor francés Paul Claudel a la Eucaristía.

LA SANTA MISA

La Santa Misa, si dejamos de lado los ritos introductorios y los ritos conclusivos, podemos dividirla en tres momentos esenciales:

- 1- la Liturgia de la Palabra
- 2- la Liturgia Eucarística (Consagración)
- 3- la Comunión

Vamos a reflexionar entonces sobre cada una de estas tres partes, la Liturgia de la Palabra, la Consagración y la Comunión.

1. LA LITURGIA DE LA PALABRA

Una mirada a la historia

En los comienzos de la Iglesia, la Liturgia de la Palabra estaba separada de la Liturgia Eucarística. Los primeros cristianos participaban en el culto del Templo donde escuchaban la lectura de la Biblia y recitaban los Salmos y las oraciones junto con los hebreos. Hasta ese momento no había una definición neta entre los hebreos y los primeros cristianos.

Y luego, aparte, los cristianos se reunían en su casa para «partir el pan», es decir, para celebrar la Eucaristía (**Cf Hch 2,42**)³. Pero muy pronto, esta práctica se hizo imposible tanto por la hostilidad recibida por parte de la comunidad hebrea, como por el hecho de que las Sagradas Escrituras habían adquirido ya para los cristianos un sentido nuevo: todas ellas, incluso el Antiguo Testamento, orientadas a Jesucristo.

Fue así como el escuchar y meditar la Sagrada Escritura, se trasladó del Templo o de la Sinagoga a los lugares del culto cristiano, convirtiéndose en la actual Liturgia de la Palabra que precede a la Plegaria Eucarística.

San Justino del siglo II tiene una descripción de la Celebración Eucarística en la que están presentes todos los elementos esenciales de la Misa actual.

San Justino es un Santo Padre de la zona de Palestina de mediados del siglo II. Conservamos de él un *Diálogo con Trifón*, que es un diálogo de una especie de apologética contra la religión judía y contra los paganos. Tiene dos apologías. Una de éstas apologías, que es la primera, en el Capítulo 62 ó 63, describe cómo celebraban la Eucaristía, y ahí se puede perfectamente ver cómo esta celebración estaba dividida en la Liturgia de la Palabra, es decir, la escucha de la Palabra de Dios, la Consagración y la Comunión.

³ Hch 2,42: «Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones».

Presencia del hecho o acontecimiento en la Palabra

Escuchadas en el contexto litúrgico, las lecturas bíblicas adquieren un sentido nuevo y más fuerte que cuando son leídas en otros contextos. El objetivo de tales lecturas no era tanto el de conocer mejor la Biblia, cuanto el *reconocer a Quien se hará presente* en la fracción del pan, el de iluminar cada vez mejor algún aspecto de este misterio que se va a revivir. Es lo que se ve, por ejemplo, en el *episodio de los discípulos de Emaús*: escuchando la explicación de las Escrituras, mientras iban por el camino, el corazón de los discípulos comenzó a arder, a disponerse, a ablandarse, de modo que luego fueron capaces de reconocer a Jesucristo en la fracción del pan.

Escuchando el episodio de Zaqueo, cada uno de nosotros debería ser tocado por su «actualidad»: yo soy Zaqueo, a mí se dirigen las palabras de Jesús: «*Hoy debo alojarme en tu casa*» (Lc 19, 5); de mí, tras haber recibido la Comunión, se podría decir con toda verdad: «*Ha ido a alojarse a la casa de un pecador*» (Lc 19,7). Y es a mí a quien Jesús podría decir: «*Hoy ha llegado la salvación a esta casa*» (Lc 19,9).

Otro ejemplo, el último, el Evangelio de las Bodas de Caná, con claridad meridiana, debería aparecer a nuestros ojos, cómo en la Misa se renueva el milagro de Caná. El diácono que llena los cálices con el vino, es uno de los servidores que llenaban las tinajas de agua. En el momento de la Consagración, deberíamos sentir que estamos asistiendo al milagro del agua que se convierte en vino y mucho más que eso; y en la Comunión, sentirnos como uno de los invitados que era consciente de saborear el mejor vino. Digamos que no se trata de una aplicación arbitraria, porque se sabe que el simbolismo eucarístico está dentro del relato evangélico de Caná.

Pero no solamente los hechos, sino también las palabras del Evangelio escuchadas en la Misa, adquieren un **sentido nuevo y más fuerte**. Y a colación de esto traigo el testimonio de un sacerdote que se encontraba celebrando Misa en un pequeño Monasterio de clausura, y como texto evangélico tocaba ser leído un texto del Capítulo 12 de San Mateo, donde se encuentran las siguientes palabras: «*aquí ahora hay uno que es más que Jonás*» (Mt 12,41), «*aquí ahora hay uno que es más que Salomón*» (Mt 12,42). Estas Palabras le quedaron impresas profundamente al sacerdote. Entendió que los dos adverbios «*aquí*» y «*ahora*», significaban verdaderamente aquí y ahora, es decir, en ese lugar y en ese momento, no sólo en el tiempo en el que Jesús estuvo en Palestina hace tantos siglos.

Este sacerdote cuenta que sintió un escalofrío que le sacudió de su sopor, porque allí delante de él había uno que era más que Jonás, uno que era más que Salomón, más que Abraham, más que Moisés: ¡Estaba el Hijo de Dios vivo y verdadero! Y, concluye este sacerdote que, desde ese día, esas palabras se le hicieron queridas y familiares de un modo nuevo. A menudo, al celebrar la Santa Misa, en el momento de hacer la genuflexión y levantarse después de la Consagración, le venía a repetir en su interior: «*¡Aquí ahora hay uno que es más que Salomón!*», «*¡Aquí ahora hay uno que es más que Jonás!*».

Hasta aquí la primera parte o el primer momento de la Santa Misa, la Liturgia de la Palabra, en esta catequesis mistagógica que estamos tratando de presentar.

2. LA LITURGIA EUCARÍSTICA: LA CONSAGRACIÓN

«TOMAD Y COMED»

Jesús, después de haber partido el pan y mientras lo daba a sus discípulos, dijo: «*Tomad, comed, éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros*» (Cf Mt 26, 26; Lc 22, 19).

Tengo aquí el testimonio del mismo sacerdote sobre sus reflexiones en el momento de la Consagración Eucarística, que nos ayudarán también a nosotros a descubrir esta dimensión, personal y eclesial de la Consagración Eucarística:

«Desde mi ordenación yo vivía el momento de la consagración en la Santa Misa del siguiente modo: cerraba los ojos, inclinaba la cabeza, trataba de aislarme de todo aquello que me rodeaba para ensimismarme sólo en Jesús que, en el cenáculo, antes de morir, pronunció por primera vez aquellas palabras: “*Tomad y comed...*”. La misma liturgia favorecía este comportamiento, haciendo pronunciar las palabras de la consagración en voz baja y en latín, inclinados sobre las especies, vueltos hacia el retablo y no hacia la asamblea.

Pero luego, un día me di cuenta de que tal comportamiento, por sí solo, no expresaba todo el significado de mi participación en la consagración. ¡Aquel Jesús del cenáculo, en aquella circunstancia histórica -decía el sacerdote- ya no existe!. Ahora existe Jesús resucitado; o mejor, para ser exactos, el Jesús que había muerto y que ahora vive para siempre. Y este Jesús es el “Cristo total”, Cabeza y cuerpo inseparablemente unidos. Así pues, si este Cristo total es el que pronuncia las palabras de la consagración, también yo las pronuncio con Él. En el gran “Yo” de la Cabeza, -Cristo físico-, se esconde el pequeño “yo” del cuerpo que es la Iglesia. Está también mi pequeñísimo “yo” y también él dice a quien está delante: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros.

Desde aquel día -concluye el sacerdote- en que comprendí esto, ya no cierro los ojos en el momento de la consagración, sino que miro a los hermanos que tengo delante, o si celebro solo, pienso en aquellos que encontraré durante el resto de la jornada y a los que tendré que dedicar mi tiempo, o pienso inclusive en toda la Iglesia y, dirigido a ellos digo, como Jesús: Tomad, comed, esto es mi cuerpo».

Una parábola moderna

Por lo tanto, en esta visión de la consagración eucarística, todo resulta más claro. Hay dos cuerpos de Cristo sobre el Altar: está Su Cuerpo Real (el cuerpo nacido de María Virgen, muerto, resucitado y ascendido al Cielo); y está Su Cuerpo Místico que es la Iglesia. Por tanto en el Altar está presente realmente en Su Cuerpo Real, y está presente místicamente, es decir, misteriosamente, Su Cuerpo Místico donde «místicamente» significa: en virtud de Su inseparable unión con la Cabeza. No hay ninguna fusión entre las dos presencias que son bien distintas, pero tampoco hay división alguna.

Nuestra ofrenda y la ofrenda de la Iglesia no sería completa sin la de Jesús; no sería ni santa ni agradable a Dios, porque sólo somos criaturas pecadoras. **Pero la ofrenda de Jesús, sin la ofrenda de la Iglesia que es Su Cuerpo, no sería suficiente** (por supuesto desde el punto de vista subjetivo, es decir, **para recibir la salvación**; pero sí lo sería para la redención objetiva, es decir, para procurar la salvación).

La ofrenda de Cristo (es decir el sacrificio de Cristo) fue suficiente objetivamente para la salvación de todos, pero para que sea completa tiene que aplicarse a cada una de las almas que existen y existirán hasta el fin de los tiempos.

Esto es tan verdadero que la Iglesia puede decir con San Pablo: «*Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo*». (Cf Col 1,24)

Y puesto que hay dos “ofrendas” y dos “dones” sobre el Altar, -el que se debe transformar en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, (el pan y el vino); y el que se debe transformar en el Cuerpo Místico de Cristo, (los miembros de la Iglesia)-, hay también dos **epíclesis** en la Misa, es decir, dos invocaciones del Espíritu Santo.

En la primera decimos: «*Por eso, Señor, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para Ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo*». Momento de la Transubstanciación, donde la sustancia del pan y del vino son cambiadas por la sustancia del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esa es la **Transubstanciación** que se produce por la **primera epíclesis**, es decir, la primera invocación del Espíritu Santo.

En la segunda, que se recita después de la Consagración, el celebrante dice: «*Y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo Espíritu. Que Él -el Espíritu- nos transforme en ofrenda permanente para Ti*».

Jesús explicaba los Misterios del Reino con Parábolas. Por eso nosotros, imitando la metodología, la pedagogía de Nuestro Señor, podemos adaptar Su método y tratemos de entender, con la ayuda de una parábola moderna, lo que sucede en la Celebración Eucarística, de modo particular en la Consagración.

Imaginemos una gran hacienda, un dependiente, un obrero, un empleado, que ama y admira desmesuradamente al dueño de la empresa, y para su cumpleaños quiere hacerle un regalo. Pero antes de presentárselo, pide en secreto a todos sus colegas que pongan su firma en el regalo. Por tanto, llega a las manos del dueño como el regalo indistinto de todos sus dependientes y como signo de estima y de amor de todos ellos; pero, en realidad, sólo uno ha pagado el precio del mismo.

Es exactamente lo que sucede en el Sacrificio Eucarístico. Jesús admira, ama infinitamente al Padre Celestial y quiere hacerle cada día y hasta el fin del mundo, el regalo más precioso que se pueda pensar, que es el de su misma vida. En la Misa, entonces, invita a todos sus hermanos para que pongan su firma en el regalo, de modo que llegue a Dios Padre como el regalo indistinto de todos sus hijos. Por eso el sacerdote dice: «*Este sacrificio que es mío y vuestro*» en el momento del Orate Fratres; es decir, al comienzo, en el Ofertorio, cuando dice: «*Orad, hermanos, para que este sacrificio mío, que es también vuestro, sea agradable a Dios Padre Todopoderoso*». En realidad, sabemos que sólo Uno ha pagado el precio de dicho regalo, ¡y qué precio!

Nuestra firma, nuestra participación, son las pocas gotas de agua que se mezclan con el vino en el cáliz, como explica la oración que acompaña al gesto que el sacerdote lo dice de una manera secreta, en voz muy baja. Él dice: «*El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de Quien ha querido compartir nuestra condición humana*». Pero nuestra firma es, sobre todo, ese «*Amén*» solemne que la Liturgia hace que se pronuncie como

conclusión de la Plegaria Eucarística, cuando decimos: «*Por Cristo, con Él, y en Él, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria sean dadas por los siglos de los siglos*». Es como quien dijera: me uno a lo que se ha dicho y realizado, y suscribo todo.

Ahora sabemos cómo la Eucaristía hace la Iglesia: como decía San Juan Pablo II en su Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: La Eucaristía hace la Iglesia, haciendo de la Iglesia una Eucaristía. La Eucaristía no es sólo genéricamente la causa de la santidad de la Iglesia; es también su «forma», es decir, el modelo: la santidad del cristiano debe realizarse según la forma de la Eucaristía. Debe ser una santidad eucarística. El cristiano no puede limitarse a celebrar la Eucaristía, debe **ser** Eucaristía con Jesús.

Qué significan cuerpo y sangre

Y ahora podemos sacar las consecuencias prácticas de esta doctrina para nuestra vida cotidiana.

Si en la Consagración el sacerdote, dirigiéndose a sus hermanos dice: «*Tomad, comed, esto es Mi Cuerpo; tomad, bebed, ésta es Mi Sangre*», debemos saber qué significan en la Sagrada Escritura los términos «*cuerpo*» y «*sangre*» para saber qué es lo que ofrecemos.

«ESTO ES MI CUERPO»

¿Qué quería darnos Jesús con aquellas palabras de la Última Cena: «*Esto es mi cuerpo*»? La palabra «*cuerpo*» no indica, en la Biblia, un componente o una parte del hombre que es unida al otro componente que es el alma en sus dos formalidades, «*thymòs*» y «*nous*», que forman al hombre completo. Este es el lenguaje filosófico aristotélico-tomista. Cuerpo y alma, es decir, «*sôma*»⁴ y «*psykhé*» son los dos principios o coprincipios esenciales del hombre⁵.

Pero en la Sagrada Escritura, en el lenguaje bíblico, y por lo tanto en el lenguaje de Jesús y en el lenguaje de San Pablo, «*cuerpo*» designa al hombre entero, al hombre en su totalidad y en su unidad. Es decir, designa al hombre en cuanto que vive en una condición corpórea y mortal. «*cuerpo*», por lo tanto, indica toda la vida. **Jesús, al instituir la Eucaristía, nos ha dejado como don toda Su vida, desde el primer instante de la Encarnación hasta el último momento de vida humana clavado en la Cruz**, con todo lo que concretamente había llenado esta vida: con Su discurso, con Su silencio, Su fatiga, Su oración, Sus luchas, Sus humillaciones. «*Esto es Mi Cuerpo, esta es Mi Vida humana desde la Encarnación hasta Mi Muerte en la Cruz que la entrego por vosotros*».

«ÉSTA ES MI SANGRE»

Pero también dice: «*Ésta es mi sangre*». ¿Qué añade la palabra «*sangre*» si con Su Cuerpo ya nos ha dado toda su vida? Pues bien, añade la muerte. Después de habernos dado la

⁴ ENCYCLOPAEDIA HERDER, Herder Editorial, «griego *sôma*, designaba originalmente el cadáver. No obstante, posteriormente, este mismo término se utilizó para designar también el cuerpo de todo ser viviente, tanto vivo como muerto».

⁵ Cf [Anexo](#): Conceptos filosóficos griegos: *psyché*, *thymós* y *nous*.

vida, nos da también la parte más preciosa de ésta que es su muerte. Y el término «sangre» en la Biblia no indica una parte del cuerpo humano, es decir, no se refiere a un componente de la vida corpórea. El término «sangre» indica más bien un acontecimiento que es la muerte. **Si la sangre es la sede de la vida, esto es lo que se creía entonces, su derramamiento es el signo plástico de la muerte.**

Y nosotros, ¿qué ofrecemos?

Ahora, descendiendo a cada uno de nosotros, podemos preguntarnos: ¿Qué ofrecemos nosotros al participar en la Santa Misa?, ¿qué ofrecemos al entregar nuestro cuerpo y nuestra sangre junto con Jesús en la Santa Misa? Ofrecemos también nosotros lo mismo que ofreció Jesús: la vida y la muerte.

- Con la palabra «cuerpo», damos, ofrecemos, todo aquello que constituye la vida que llevamos a cabo en nuestro cuerpo mortal: nuestro tiempo, nuestra salud, nuestras energías, nuestras capacidades, nuestros afectos, nuestras alegrías, nuestras tristezas, todo.

- Con la palabra «sangre», expresamos también la ofrenda de nuestra muerte; pero no necesariamente la muerte definitiva, el martirio por Cristo o por nuestros hermanos. Es muerte todo aquello que, en nosotros, desde ahora, prepara y anticipa la muerte, como son por ejemplo las humillaciones, los fracasos, las enfermedades, las limitaciones debidas a la edad, la salud, todo aquello que nos mortifica. Eso también lo ofrecemos en la Misa uniéndolo a la Sangre de Jesús.

Todo esto exige, sin embargo, que cada uno de nosotros, nada más salir a la calle al terminar la Misa, que nos pongamos manos a la obra para realizar lo que hemos dicho: que, a pesar de todos nuestros límites, nos esforcemos realmente en ofrecer para las almas que Dios nos confía, nuestro «cuerpo», es decir, nuestro tiempo, nuestras energías, nuestra atención; en una palabra, nuestra vida.

Toda la vida una eucaristía

Para ser todavía aún más prácticos, más concretos, tratemos de imaginar qué sucedería si celebráramos la Misa con esta participación personal, si en el momento de la Consagración dijéramos realmente todos, unos en voz alta, otros en silencio, cada uno según su ministerio: «*Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Tomad y bebed, ésta es mi sangre*».

- Imaginemos por ejemplo un **sacerdote**, un párroco, un obispo, que celebra la Misa y que después se va, reza, predica, confiesa, recibe a gente, visita enfermos, escucha a gente afligida por problemas; ¡toda su jornada es también Eucaristía!

Un gran maestro espiritual, el padre francés Olivaint, decía: «Por la mañana, en la Misa, yo soy el sacerdote y Jesús es la víctima; durante la jornada, Jesús es el sacerdote y yo soy la víctima». Esto es un ejemplo de un sacerdote.

- Pensemos en una **religiosa** que viva de este modo la Misa, después también ella se dirige a su trabajo cotidiano: la asistencia de niños, de enfermos, de ancianos. Su vida puede ser fragmentada en miles de cosas que, llegada la noche, no dejan ni rastro; aparentemente

una jornada perdida. Y, sin embargo, la ha eucaristizado, ella misma ha sido convertida en una hostia inmaculada.

-Imaginemos una **madre de familia** que participa así en la Misa y después se va a su casa, empieza su jornada hecha de una multitud de pequeñas cosas. Su vida es literalmente como desmigajada; pero lo que hace no es en absoluto insignificante. Ella misma se ha hecho una Eucaristía junto con Jesucristo.

- ¿Qué decir de los **jóvenes**? Basta que pensemos una cosa: ¿qué es lo que más preocupa hoy a los jóvenes? Su cuerpo. Nada más que el cuerpo. El cuerpo en la mentalidad del mundo moderno es esencialmente, desgraciadamente, un instrumento de placer y de goce. Algo que vender, que exprimir mientras se es joven y atractivo y luego para tirar, junto con la persona, cuando ya no sirve. Especialmente el cuerpo de la mujer se ha convertido en mercancía de consumo. Pensemos en el uso que de él se hace en el mundo del espectáculo, en cierta publicidad, en los periódicos, en la televisión, en internet. Por eso, debemos enseñar a los jóvenes cristianos a decir, y sobre todo a las jóvenes cristianas, en el momento de la consagración: «*Tomad, esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Ese cuerpo se ha convertido en algo sagrado, que ya no se puede dar en alimento al placer propio o ajeno, ya no se puede vender porque ha sido entregado. Se ha hecho Eucaristía con Cristo.

San Pablo escribía a los primeros cristianos «*El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor ... Glorificad, pues, a Dios con vuestro cuerpo*» (1Cor 6,13.20). Glorifica a Dios con el propio cuerpo, por supuesto, el célibe y la virgen que lo consagran a un amor indiviso en Cristo en favor de sus hermanos; pero glorifica también a Dios con su cuerpo quien se casa haciendo de él un don de amor para alegría del cónyuge y para la transmisión de la vida.

Ahora bien, el cuerpo no es sólo sexualidad: Decir: «*Esto es mi cuerpo*», significa, para un joven, para una joven, decir también: ¡Esta es mi juventud, estas son mis ganas de vivir, mi entusiasmo, mi alegría, mi esperanza: todo eso, cosas de las que quiero hacer un don también para vosotros!

No hay que olvidar, en fin, que también ofrecemos nuestra “sangre”, es decir, nuestras pasiones por medio de las mortificaciones; y éstas son la mejor parte que el mismo Dios destina a quien tiene más necesidad en la Iglesia. Cuando ya no podemos seguir ni hacer aquello que queremos, es cuando podemos estar más cerca de Cristo. Pensemos en las personas que están clavadas a un lecho de la enfermedad. Gracias a la Eucaristía, ya no existen vidas “inútiles” en el mundo; nadie debería decir: «¿De qué sirve mi vida? ¿Para qué estoy todavía en el mundo?». **Estás en el mundo para el fin más sublime que existe, que es para ser un sacrificio vivo con la Eucaristía, con Jesucristo.**

3. LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA.

El hombre es lo que come: comunión vertical

Nos queda de presentar ahora este tercer momento esencial de la Misa: la Comunión. Un filósofo ateo dijo: «El hombre es lo que come»⁶, -si no me equivoco, es Feuerbach, un filósofo, contemporáneo relativamente, alemán-, queriendo decir con ello que en el hombre no existe una diferencia cualitativa entre materia y espíritu, sino que todo en él se reduce al componente orgánico, físico y material. Y con ello, se ha vuelto a dar, una vez más, el hecho de que un ateo, sin saberlo, ha dado la mejor formulación de un Misterio cristiano; porque gracias a la Eucaristía, el cristiano es verdaderamente lo que come.

Hace ya mucho tiempo, un gran Papa del siglo V, (San León Magno), decía: «Nuestra participación en el cuerpo y sangre de Cristo sólo tiende a convertirnos en aquello que comemos»⁷.

Pero escuchemos lo que dice, a propósito de esto, el mismo Jesús en el discurso del Pan de Vida; dice: «*Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí*» (Jn 6,57) («pro me»). Esta preposición «por» (en griego, διὰ; en latín, pro) tiene un valor causal y final. Indica a la vez un movimiento de proveniencia, de procedencia, y un movimiento de destino, de destinación. Significa que quien come el Cuerpo de Cristo vive «por» Él, es decir, a causa de Él, en virtud de la vida que proviene de Él, y que vive «en vista de» Él, para Su gloria, para Su amor, para colaborar en la extensión de Su Reino. Como Jesús vive del Padre y para el Padre, así, al comulgar en el Sacro Misterio de Su Cuerpo y de Su Sangre, el cristiano vive de Jesús y para Jesús.

En efecto, el principio vital más fuerte es el que asimila consigo al menos fuerte, no al contrario. Por ejemplo, el vegetal es el que asimila el mineral y no al contrario. El animal es el que asimila el vegetal y el mineral, no lo contrario. Así también, en el orden sobrenatural, el Principio Divino que es el más fuerte, es quien asimila consigo al humano, al menos fuerte y no al contrario. De manera que mientras en todos los casos quien come es quien asimila lo que come, **en el caso de la Eucaristía, el que es comido asimila a quien lo come**. Dicho de otra manera, si yo como un plato de carne con ensalada, con fruta; después de una hora, esa materia que es inferior al hombre es asumida por la sustancia humana; se convierte de alguna manera en parte del ser humano. En cambio, cuando comulgamos, Cristo, siendo un principio superior, es Él el que nos come, que nos asume, nos encontramos unidos, asumidos en Él. Como decía San Agustín, poniendo en boca de Jesús: «No serás tú quien me asimile, sino que seré yo quien te asimile».

Lo que le falta a la plena encarnación: matrimonio

Estos son ejemplos clásicos. En cambio, querría insistir, para ir terminando, en otro aspecto de la Comunión Eucarística sobre el cual se habla menos. La Carta de San Pablo a

⁶ LUDWIG FEUERBACH, *El hombre es lo que come*, 1850.

⁷ SAN LEÓN MAGNO, Sermón 12, De Passione 3, 7: PL 54.

los Efesios, dice que el matrimonio humano es un símbolo de la unión entre Cristo y la Iglesia: «*Gran Misterio es este, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia hablando del matrimonio*» (cf. **Ef 5, 32**). Ahora bien, según el Apóstol, la consecuencia inmediata del matrimonio es que el cuerpo del marido y el de la esposa llegan a ser una sola carne. «*Cuerpo*», como hemos visto, significa en la Biblia toda la persona, no solamente la parte física.

Aplicado a la Eucaristía, significa que la Carne incorruptible y vivificadora del Verbo Encarnado se hace mía, pero también mi carne y mi sangre se hacen parte de Cristo. En la Eucaristía recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pero también Cristo, en la Eucaristía, recibe nuestro cuerpo y nuestra sangre. Él nos dice: «*Tomad, esto es mi Cuerpo*», pero también nosotros podemos decirle: «*Tomad, esto es mi cuerpo*».

No hay nada en nuestra vida que no pertenezca a Jesucristo. Nadie puede decir: “¡Ah, Jesús no sabe lo que quiere decir ser mujer, o estar casado, o haber perdido un hijo, o estar enfermo, o ser anciano, o ser una persona de color!”. Si tú lo sabes, también Él lo sabe gracias a ti y en ti. Es decir, que lo que Cristo no pudo vivir «*según la carne*» (**Rm 8,5-13**), habiendo sido su existencia terrena, como la de todo hombre, limitada a sólo algunas experiencias, Él puede vivirlo y experimentarlo ahora como resucitado «*según el Espíritu*», gracias a la comunión sponsalicia que se realiza en cada Misa. Todo lo que faltaba a la plena Encarnación del Verbo se realiza en la Eucaristía, o por la Eucaristía, en las almas. Santa Isabel de la Trinidad comprendió el motivo profundo de esto cuando escribía: “La esposa pertenece al esposo. El mío me ha tomado. Quiere que sea para Él una humanidad añadida”.

La Comunión con el cuerpo de Cristo que es la Iglesia: Comunión horizontal

Nos hemos limitado hasta ahora a meditar sobre el aspecto vertical de la comunión con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo. Pero en la Eucaristía se realiza también una comunión horizontal, es decir, una comunión con nuestros hermanos.

San Pablo dice: «*La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?; y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan*». (**1 Cor 10,16.17**)

En este fragmento, se menciona dos veces la palabra «*cuerpo*»; la primera vez designa el Cuerpo Real de Cristo, cuando dice: «*el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo?*», allí se está haciendo referencia al Cuerpo Real de Cristo; la segunda, en cambio, al Cuerpo Místico que es la Iglesia; «*aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan*». Al acercarnos por tanto a la Eucaristía, ya no puedo desentenderme de mis hermanos; no puedo rechazarlo sin rechazar al mismo Cristo y separarme de la unidad.

Quien en la Comunión pretendiera ser todo él fervor por Cristo, después de haber apenas ofendido o herido a un hermano sin pedirle perdón, o sin estar decidido a hacerlo, se parece a alguien que, al encontrar después de mucho tiempo a un amigo suyo, se eleva de puntillas para besarlo en la frente y mostrarle así todo su afecto, sin darse cuenta de que le está pisando los pies con los clavos de sus zapatos. **Los Pies de Jesús son los miembros**

de Su Cuerpo más pobres y humillados. El Cristo que viene a mí en la Comunión, es el mismo Cristo indiviso que se dirige también al hermano que está a mi lado; por decirlo de otro modo, en el momento en que nos une a todos a sí mismo, Cristo nos une unos a otros.

San Agustín nos recuerda que no podemos obtener un pan si los granos que lo componen no han sido primero “molidos”; y para ser molidos no hay nada más eficaz que la **caridad fraterna**, especialmente para quien vive en comunidad, en una familia: el soportarse unos a otros, a pesar de las diferencias de carácter, o de puntos de vista. Es como un molino que nos lima, que nos afila cada día, haciéndonos perder nuestras asperezas naturales.

Hay un canto que se utiliza en algunas liturgias, una canción española, que dice:

«Un molino -que es la vida- nos tritura con dolor,
Dios nos hace Eucaristía en el amor».

«AMÉN»

Ahora comprendemos mejor qué significa decir «Amén» y a *Quién* decimos «Amén» en el momento de la Comunión. Cuando se nos presenta el Cuerpo de Cristo, nosotros respondemos: «¡Amén!». Sí, decimos «Amén» al **Cuerpo Santísimo de Jesús** nacido de María, y muerto y resucitado por nosotros; pero decimos también «Amén» a su **Cuerpo Místico que es la Iglesia** y que son, concretamente, los hermanos que están a nuestro alrededor en la vida cotidiana, en la Santa Misa o en nuestra comunidad.

Pidamos de modo especial a ese gran Santo que tanto profundizó y habló de la Eucaristía, que fue San Juan Pablo II, que nos ayude a penetrar los insondables Misterios de la Eucaristía; pero sobre todo, a poder participar cada vez mejor para más unirnos a Jesucristo, y a través de esta unión, unirnos más a nuestros hermanos.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.

Anexo:

CONCEPTOS FILOSÓFICOS GRIEGOS: PSYCHÉ, THYMÓS Y NOUS

En la filosofía griega antigua, estos tres conceptos son fundamentales para entender la naturaleza humana y la psique. A continuación, se presentan las definiciones y relaciones entre estos conceptos.

Psyché (Ψυχή)

- La psyché se refiere al alma o la mente en la filosofía griega antigua.
- En la filosofía de Platón y Aristóteles, la psyché es considerada como la esencia de la vida y la fuente de la conciencia y la razón.
- La psyché se asocia con la capacidad de pensar, sentir y desear.

Thymós (Θυμός)

- El thymós se refiere a la pasión, el deseo y la emoción en la filosofía griega antigua.
- En la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, el thymós es descrito como la fuerza vital que impulsa a los héroes a actuar.
- En la filosofía de Platón, el thymós se asocia con la parte irascible del alma, que se opone a la razón y la pasión.

Nous (Νοῦς)

- El nous se refiere a la razón, la inteligencia y la comprensión en la filosofía griega antigua.
- En la filosofía de Aristóteles, el nous es considerado como la facultad que permite a los seres humanos comprender y conocer la verdad.
- El nous se asocia con la capacidad de pensar de manera lógica y racional.

Relaciones entre Psyché, Thymós y Nous

- La psyché es el conjunto de facultades que incluyen el thymós y el nous.
- El thymós y el nous son dos aspectos importantes de la psyché, que se relacionan con la emoción y la razón, respectivamente.
- La relación entre el thymós y el nous es compleja, ya que la pasión y la emoción pueden influir en la razón y la toma de decisiones.

En resumen, estos tres conceptos son fundamentales para entender la naturaleza humana y la psique en la filosofía griega antigua. La psyché se refiere al alma o la mente, el thymós se refiere a la pasión y la emoción, y el nous se refiere a la razón y la inteligencia. La relación entre estos conceptos es compleja y ha sido objeto de estudio y debate en la filosofía a lo largo de la historia.